

CONSIDERACIONES SOBRE LA ESTRATEGIA OPERATIVA

- por el General Beaufre -

De la Revista Strategie, primer trimestre 1970
(Traducido por el Departamento de Información)



El arte militar es un arte difícil ya que debe aliar dos - cualidades que son más bien contradictorias: imaginación audaz y sentido agudo de las realidades. La imaginación es necesaria para descubrir las posibilidades futuras de maniobra correspondientes a la evolución de los materiales y de las ideas; el sentido de -- las realidades es indispensable para juzgar todo lo que es real- mente posible con los medios del momento.

La investigación de las futuras posibilidades de maniobra - ha sido hecha, generalmente, partiendo de las características -- de las nuevas armas. Se han deducido tácticas de empleo que han -- dado lugar a espectaculares realizaciones (fuerza de disuasión, - fuerzas de interceptación), pero generalmente no se ha llegado a concepciones de conjunto satisfactorias, pues, en realidad, estas técnicas no han servido más que para vestir con colores nuevos el esquema general de la guerra de 1939 a 1945. Pero este esquema -- (guerra total y prolongada, victoria militar total) no se puede aplicar a las tácticas elaboradas, ya que conduciría a una forma de guerra nuclear que llevaría consigo el aniquilamiento recípro- co de los beligerantes. Por ello se deduce, generalmente, que es- ta guerra es "imposible" o "impensable" y que, por consiguiente, la amenaza de una guerra semejante es suficiente para impedir toda - agresión. De una concepción positiva de la guerra se ha pasado a otra negativa: la disuasión.

Pero el problema positivo permanece, al igual que el objeto de la guerra que es la resolución de los conflictos entre las na- ciones. Experimentalmente, se ha constatado que los conflictos to man formas nuevas, o renovadas, muy diferentes del esquema cientí- fico militar de la guerra de 1945, transformada en guerra atómica: se han visto guerras mantenidas voluntariamente a nivel clásico y tomando la forma tradicional y directa (Corea, guerra Arabe-Israe lí) o bien conflictos de carácter indirecto con un fuerte compo- nente revolucionario, (Indochina, Argelia, Vietnam). Igualmente, - está comprobado que estos conflictos no nucleares se han podido desarrollar sin escalada en las regiones del mundo donde los inte- reses directos de las grandes potencias nucleares eran relativa- mente secundarios, lo que explica que la disuasión nuclear no in- tervino para limitar el conflicto, ni en intensidad, ni en exten- sión. Estas guerras han sorprendido por sus características nue- vas y por la aparente espontaneidad de los fenómenos que han reve

lado. Sin embargo, se empieza a comprender un poco más de su mecanismo y a extraer enseñanzas fundamentales sobre el verdadero carácter de los conflictos.

Esta comprensión puede ayudar a resolver el gran problema que tenemos planteado, es decir, el de la forma de los conflictos en aquellas regiones del mundo donde las potencias nucleares tienen importantes intereses, como por ejemplo, en Europa, que nos interesa en primer lugar. En un análisis previo, se llega a la solución del problema a través de la disuasión, que es, evidentemente, la mejor solución. Después pasamos a definir las condiciones óptimas de la disuasión, tanto en el dominio de la estrategia nuclear, como en el dominio de la táctica. Así se determina un sistema de fuerzas que, en principio, debe asegurar la disuasión mediante la amenaza. ¿Pero qué ocurre si el adversario no es disuadido?. ¿Qué empleo hay que hacer entonces de las fuerzas que se han organizado?. El desencadenamiento del holocausto mutuo no es más que una solución desesperada y el adversario ha podido suponer que no se producirá o no se cuenta con recursos para ello. Es evidente -ya que sería peligroso para la disuasión- que no se puede permitir la disminución de la credibilidad en la respuesta nuclear disuasiva, pero es por lo menos indispensable la previsión de alternativas que permitan retardar y, si es posible, evitar el desencadenamiento masivo de las represalias nucleares, que no pueden por menos de implicar la misma respuesta devastadora del adversario.

A este efecto, se llega a entrever dos formas de guerra -- más o menos previsibles (y si es posible cortas) donde el empleo de las armas nucleares está en ciernes (guerra clásica con amenaza nuclear), o bien limitado, (guerra nuclear limitada o controlada). Estas formas de guerra no han sido objeto de experiencia alguna en su verdadera extensión y son, por lo tanto, campos muy abonados para multitud de hipótesis. Sin embargo, son sumamente importantes, pues constituyen las únicas válvulas de seguridad de las que se dispone antes de que se generalice la catástrofe.

Para estudiarlas se emplea el método analítico: se estudian separadamente las diversas hipótesis causantes de conflictos, así como las probables etapas de la escalada. De esta forma se obtienen una serie de escenarios posibles, también probables -o improbables- pero cuya coexistencia impone a los jefes operativos una flexibilidad llena de contradicciones y, es preciso reconocerlo, de imposibilidades: adoptar a la vez una defensa clásica y una atómica de intensidad variables; el pasar sucesivamente de una defensiva clásica a una atómica supone, prácticamente, un problema insoluble. La guerra que se prepare sobre tales bases intelectuales adquiere un peligroso giro de irrealidad. Los ejecutantes se consuelan en poner su confianza en la disuasión nuclear... y en la "détente" política...

Sin embargo el problema permanece intacto, si bien en la actualidad no parece urgente. No solamente las fuerzas militares existentes -y es preciso enseñarles una doctrina- sino que el porvenir político permanece incierto y por lo tanto eventualmente peligroso. La adaptación intelectual y material a una doctrina requiere plazos considerables (de 5 a 6 años). Es por lo tanto indispensable sacar provecho de la tregua que nos proporciona la actual situación, para hacernos con un volumen de ideas sobre las que poder fundar una doctrina racional.

Para hacer esto, es preciso partir del problema básico, es decir, del de la iniciación del conflicto. Si el adversario recurre a las armas es porque estima que puede triunfar.

En el estado actual de la ecuación nuclear estratégica, no se puede esperar triunfar a través de una guerra atómica generalizada. Esta situación puede cambiar algún día, pero ese día no está a la vista aún. Por el contrario, esta ecuación demuestra la "imposibilidad" de un empleo masivo de armas nucleares estratégicas. Por ello el enemigo querrá triunfar sin el empleo de -- fuerzas nucleares estratégicas. Por cierto, que es a ésto a lo que invita la estrategia norteamericana de la "respuesta flexible".

¿Cómo puede llevarse a cabo? La solución que se corresponde, entonces, a la "respuesta flexible" sería la de triunfar mediante una victoria local, realizando, en un tiempo muy breve, el hundimiento moral del enemigo, y desarrollándose bajo la protección recíproca de las fuerzas estratégicas opuestas. Esta es la única forma imaginable en la actualidad. Y parece también, a la luz del ejemplo dado por los israelitas, que es militarmente realizable.

En resumen, la hipótesis sobre la guerra para la que debemos prepararnos, para dar una respuesta militar, es la de una guerra local, violenta y muy corta (dos o tres días), con vistas a una decisión militar local que dé lugar a "hechos consumados", a partir de los cuales comenzarían las negociaciones.

Se objetará que esta fórmula es muy especial, que es infinitamente peligrosa -lo que es cierto- y, sobre todo, que en caso de fallo implica el riesgo de dar lugar a una conflagración -mucho más amplia. Estas objeciones son válidas y es por lo que --felizmente-- tal hipótesis no es muy probable, sobre todo en la actualidad. Pero el hecho de que ésta sea la única acción militar posible, en el sistema disuasorio existente, puede tentar a un adversario "aventurero", cuando el desencadenamiento de determinadas circunstancias políticas pudieran despertar su interés. El ejemplo de la invasión de Checoslovaquia (si bien situada en

un contexto totalmente diferente) muestra que los rusos, como ya se ha hecho constar, continúan considerando el empleo de la fuerza militar como un medio normal de la política. Esto no es muy tranquilizador. Por otra parte, el peligro de escalada existente es generalmente menor del que se suele imaginar. El temor a la guerra atómica total se encarga de limitar la intensidad y la extensión -incluso la duración de las hostilidades.

En todo caso, es preciso ver bien claramente que el sistema estratégico de la disuasión preconizado por los norteamericanos implica un hueco -algunos dirán que es una válvula de seguridad dejada abierta deliberadamente-. Conviene cerrar este hueco mediante medidas operativas convencionales. Este es el papel de las fuerzas militares.

¿Podría ser tal tipo de guerra clásica o "convencional", como dicen los norteamericanos?. Ciertamente la solución sería elegante, si tuviésemos alguien que pagase por nosotros, es decir por los agredidos, ya que sería la menos devastadora. Pero, desgraciadamente, éste no es el caso, sino todo lo contrario. Todo estudio serio de los problemas de la guerra clásica moderna pone de relieve el hecho de que, en las condiciones actuales, la guerra clásica dá una ventaja muy grande al agresor: éste, que ya en principio tiene la iniciativa, puede desarrollar su plan con tiempo suficiente, mientras que el defensor se ve obligado a contramaniobrar en función de las actividades del adversario. Además, tres factores juegan en la guerra clásica un papel permanente decisivo: la discontinuidad de la defensa, debido a que el volumen de fuerzas es inferior al espacio del Teatro de Operaciones; la movilidad de las fuerzas (mecanizadas y aereotransportadas); estos dos factores juegan a favor de la ofensiva. El tercer factor, tal vez el más importante, es el de la relación de fuerzas, que nos es desfavorable. Ciertamente, serían posibles mejoras en este campo mediante un cambio radical del sistema militar. Pero incluso admitiendo que los gobiernos tuviesen la previsión de hacer semejante esfuerzo, los resultados tardarían bastante en hacerse sentir. Por lo tanto, dada la actual relación de fuerzas -inferior a 2/3- no hay solución defensiva satisfactoria. El análisis de la "guerra de los seis días" confirma el aspecto general de estas conclusiones.

Sin duda, existen soluciones teóricas a este problema -- fundamental: se puede pensar en una batalla móvil y profunda donde una masa de maniobra, tenida inicialmente en reserva, se opusiera a los posibles enemigos. La movilidad y la agilidad de las fuerzas puede alcanzarse. La relación de fuerzas puede mejorarse. Pero todos estos esfuerzos nos llevarían a jugar la suerte de -- nuestros países, en una batalla infinitamente arriesgada y difícil y en donde, de todas maneras, el agresor tendría una venta

ja considerable. Esto es por lo que la solución teórica convencional no debe aceptarse: no se puede aceptar la batalla clásica. Esto es hacer el juego al enemigo.

Y no se debe aceptar la batalla clásica por otra razón -- todavía más importante: toda batalla perdida, que hemos visto -- arriesga la propia existencia y en gran medida permite al agresor mezclar sus fuerzas con las nuestras lo cual nos impide utilizar posteriormente las armas atómicas. Esto está previsto por la estrategia operativa rusa sobre la base de posibles ofensivas profundas y rápidas, precedidas de acciones aereotransportadas. Si uno se decide por este tipo de maniobra, se impide toda rectificación posterior. Esta consideración condena para la defensa irremediablemente, toda idea de una guerra realizada según las formas de la guerra clásica. Esta actitud defensiva clásica es solamente aceptable ante incursiones o incidentes de pequeña cuantía.

Si la guerra local debe ser atómica, ¿qué clase de guerra atómica deberá practicarse y cuando tendrá lugar la apertura de fuego nuclear?

La determinación de la clase de guerra atómica hace surgir numerosos problemas: uno se encuentra frente a un extenso abanico de posibilidades; después del golpe de advertencia, el empleo selectivo de armas tácticas para resolver situaciones locales, el empleo generalizado de armas tácticas en la batalla aérea, y el empleo de fuegos profundos de interdicción sobre las retaguardias enemigas. Algunos ven en esta enumeración una escala que marca los diversos niveles sucesivos de la escalada. Esta forma de ver aparece confusa a la luz de las consideraciones sobre el problema del desencadenamiento inicial.

En efecto, el desencadenamiento inicial en sí mismo constituye una difícil decisión, tanto para el agresor como para el agredido. Realmente el problema no es pequeño: se ha acumulado -- tanta inhibición sobre el empleo de las armas atómicas (sobre las que se basa el poderío), que cada parte intentará echar la culpa y el oprobio de esta decisión a su enemigo.

El agresor puede empezar la guerra bajo la forma clásica hemos visto que esto era lo que le interesaba -- y esperar a que el agredido no se atreva a utilizar las armas atómicas. Pero, una vez que éste las haya empleado, el agresor utilizará el argumento del "primer uso" para utilizarlas en su beneficio, según que esté o no entremezclado con el enemigo. Este razonamiento nos indica -- el grave error que se realizaría al actuar mediante una acción nuclear de advertencia, o bien por acciones de un interés táctico local. Esto sería ofrecer al adversario la ocasión de asegurarse la posibilidad de un empleo atómico generalizado incluso con una

relativa justificación moral. En vez de disuadirle, se le incitaría. Además, es necesario darse bien cuenta de que la apertura de fuegos atómicos constituye un hecho previo fundamental. Prefe-
rentemente político, pero sobre todo moral. Ninguna tropa, ni ningún jefe tienen experiencia con los fuegos atómicos. Se pueden hacer ejercicios con simulacros, pero nadie puede saber como reaccionarán las tropas, si la moral se mantendrá o si, por el contrario, se socavará rápidamente. Esta última eventualidad no debe descartarse, sino todo lo contrario. Yo diría incluso que es preciso tenerlo previsto para poder sacar ventajas de ello.

Si se parte de esta idea, nos damos cuenta de que la apertura de los fuegos atómicos crea una nueva fase a partir de la cual es difícil prever que sucederá -y esto es cierto para ambas partes-. Interesa, por lo tanto, que este hecho moral alcance a la mayor parte de las fuerzas enemigas de vanguardia para desorganizarlas y romper su avance. Por lo tanto, la solución correcta del problema es tener recursos inmediatos para un empleo generalizado de armas atómicas tácticas sobre el campo de batalla terrestre (1). Importa además, asegurar, si es posible, la prioridad en la apertura de fuegos.

Esta fórmula presenta dos dificultades importantes: la primera afecta a las preocupaciones respecto de la población civil. ¿Cuál sería el riesgo para ella?

La segunda dificultad se refiere al problema de la apertura de fuego por el defensor. Si toma esta enorme responsabilidad, debe estar seguro de que el agresor es un adversario totalmente decidido a llevar su acción hasta las últimas consecuencias. Este argumento impide emplear los fuegos en el momento de que el adversario franquee las fronteras. Es necesario que la agresión esté claramente definida, es decir, que el enemigo haya progresado muy profundamente en el territorio. Otro razonamiento define esta profundidad: estos fuegos, que se espera sean utilizados de una vez para siempre, deben ser explotados, mientras sea posible, por una maniobra ofensiva al objeto de multiplicar los efectos morales y materiales. Esta maniobra necesita de plazos y también de espacios. El golpe de detención que debe infringirse al adversario no debe producirse hasta que hayan sido tomadas las medidas necesarias. Si éstas requieren media jornada, la maniobra no podrá producirse a menos de 50 km. de la frontera, o más todavía si los plazos requeridos fuesen mayores.

(1) Con exclusión de la batalla aérea que ocasionaría destrucciones considerables en los países, sin acción alguna sobre los combatientes de vanguardia.

La solución que acabamos de bosquejar se pronuncia a favor de una batalla atómica de estilo de contra ofensiva general. Se opone a la concepción frecuentemente presentada de una "barrera de fuegos atómicos", es decir, a una solución defensiva. Las razones que justifican esta elección son las siguientes: para establecer una barrera continua de fuegos sobre un frente de 600 km. (caso del teatro centroeuropeo) serían necesarias un centenar de armas atómicas de 20 KT. De esta forma se alcanzarían solamente los elementos enemigos avanzados. Si la progresión continuase sería necesario renovar estos fuegos cada 30 minutos. No se podría contaminar el terreno por las explosiones en el suelo sin producir lluvia radiactiva que aumentaría muy considerablemente las pérdidas civiles. Se gastarían, pues, medios muy considerables para lograr un mermado beneficio. Por el contrario, la batalla contraofensiva permite emplear un número de armas menos elevado con un resultado material y moral que puede ser decisivo. Esto es la máxima explotación del hecho psicológico provocado por la apertura de los fuegos atómicos.

Naturalmente, que la o las contraofensivas no afectarían más que a una parte del frente total en función de los objetivos estratégicos profundos y vitales para el enemigo. Sobre el resto del frente, se realizaría una defensiva elástica a base de contrataques que explotasen los fuegos atómicos. Como, seguramente, la respuesta atómica del adversario sería provocada (al cabo de una hora como mínimo), hay que pensar que estas acciones podrían ser desorganizadas y que conducirían muy pronto a una situación militar inextricable en ambos campos. Esta podría ser la señal de detención de hostilidades o bien de una nueva escalada, por ejemplo la extensión de los fuegos atómicos a la batalla aérea.

Hasta ahora apenas se ha hablado de las fuerzas aéreas. Es to no es porque su papel no sea importante en los comienzos para impedir las operaciones aereotransportadas del adversario, para retrasar su progresión, para informar, cubrir y apoyar las acciones terrestres, para utilizar ciertas armas atómicas tácticas, etc. Pero hay que destacar que la batalla aérea no puede ser decisiva durante el período que se supone muy breve, de la crisis aereoterrestre.

Esto es porque las aviaciones modernas, cuando sólo disponen de armas clásicas, no tienen capacidad de destrucción suficiente para infringir pérdidas rápidas a una aviación enemiga alertada y convenientemente protegida. El ejemplo de la guerra de los 6 días no es más que un caso límite, en el que la sorpresa ha jugado plenamente, y en donde las medidas de seguridad eran algo más que someras. El defensor jamás puede beneficiarse de una situación semejante; por el contrario, corre el riesgo de ser destruido por sorpresa.

Por lo tanto, lo esencial de la maniobra aérea del defensor debe consistir en sobrevivir el mayor tiempo posible, en articularse en un dispositivo defensivo profundo y protegido, y en no intervenir más que para la defensa aérea y en apoyo de la batalla aereoterrestre.

Generalmente se piensa que la batalla aérea debe utilizar - armas atómicas desde el momento que sea posible, pues en este caso, la capacidad de destrucción de las fuerzas aéreas llega a ser considerable y la batalla aérea puede ser rápidamente decisiva. - Esto es olvidar que en guerra atómica limitada, el empleo de fuegos nucleares en beneficio de la batalla aérea implica necesariamente, debido a su profundidad, destrucciones masivas y generalizadas, que frecuentemente son muy difíciles de distinguir de las acciones estratégicas. Ellas son por lo tanto políticamente inadmisibles en tanto que el adversario no tome la iniciativa. Además, mientras exista en tales guerras una limitación tácita o no del teatro de operaciones (el Yalón...) (1), las fuerzas aéreas pueden tener su base fuera del teatro, escapando entonces a las destrucciones realizables sobre el suelo. El combate aéreo sólo produce un desgaste progresivo.

Esto es por lo que se puede pensar que en el tipo de guerra que aquí prevemos, la batalla aérea revestiría en ambos bandos una forma clásica. Naturalmente, si el enemigo tomase la iniciativa de emplear armas atómicas sobre amplias áreas de nuestras retaguardias, se le respondería de manera equivalente. Pero esta iniciación no parece probable en principio, por la razón de llevar al agresor a renunciar a la apertura de la batalla nuclear estratégica, con la mayor parte de sus medios nucleares estratégicos.

Si, posteriormente, la guerra da lugar a mayores escaladas, la existencia de fuerzas aéreas relativamente intactas jugaría un importante cometido en la limitación de la intensidad del conflicto.

La concepción que acaba de ser esbozada es radicalmente contraria a la actual práctica basada en un despliegue avanzado que atiende a un desencadenamiento inmediato de bombardeos atómicos - profundos en territorio adversario. Este dispositivo corresponde a la vieja concepción (1955) de una acción de contrafuerza preventiva, que tampoco tiene oportunidad de desencadenarse en el marco de la actual doctrina de la "respuesta flexible". Hay aquí una contradicción fundamental. Además, estas fuerzas arriesgadas en la proximidad de la frontera serían fácilmente destruidas por una ofensiva enemiga. Si esta ofensiva se realiza sobre la base de armas atómicas, nuestras fuerzas no tendrían oportunidad alguna de

(1) Río que separa China de Corea.

sobrevivir. Si la ofensiva se realiza con medios clásicos, los riesgos de destrucción sobre el suelo serían entonces muy grandes. Por todas estas razones se impone de manera absoluta un despliegue en profundidad.

No dejamos de ver las dificultades prácticas de tal dispositivo, pero desde el punto de vista lógico, su necesidad aparece ineludible. Si no lo hacemos así, podríamos encontrarnos en la situación de los egipcios, el año 1967.

CONCLUSIONES

a). La forma de guerra que venimos esbozando presupone -- esencialmente:

- 1). esquivar la batalla clásica inicial;
- 2). responder desde el momento que sea posible mediante -- una batalla contraofensiva apoyada en un empleo generalizado de los fuegos atómicos tácticos.

Esto es un poderoso golpe de detención destinado a crear -- un clima psicológico capaz, como mínimo, de bloquear la invasión del enemigo, y como máximo, de provocar un socavamiento de su moral. En ambos casos se desarrollarían normalmente negociaciones.

b). Inmediatamente se piensa en la eventualidad de un incremento de escalada. Contrariamente a ésto que generalmente se piensa, este incremento es poco probable por parte del adversario que encajaría un serio golpe. La situación sería tan grave -- para él que se sentiría más bien tentado a detener sus acciones. Si hay incremento de escalada, ésta parece no puede ser más que -- por parte del vencedor, para incrementar la presión moral sobre el vencido e inducirle a capitular o al menos a negociar. Esta -- es una razón más para evitar la pérdida de esta batalla inicial.

c). Además, conviene resaltar que la actitud general -- puesta aquí constituye una línea de conducta simple -- la más simple -- y sin ambigüedad para los ejecutantes y para los adversarios. Ella permite pues una ejecución más correcta. Ella permite, sobre todo, advertir al adversario que no debe engañarse con vanas ilusiones. Ella tiene por lo tanto un considerable valor disuasorio. Esta es la disuasión de la guerra local, que "tapa el hueco" abierto por la acción disuasiva de las fuerzas nucleares estratégicas por la "respuesta flexible".

Se corresponde sin ninguna duda con las necesidades de seguridad de los países del oeste europeo.

d). Su puesta en marcha implica ciertos problemas relacionados con las poblaciones locales.

* * *
* *
*